

DE LA TRANSFIGURACIÓN

Rabbi, bonum est nos hic esse; et facimus tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum, et Eliae unum. Non enim sciebat quid diceret.

Maestro, bien será que nos estemos aquí, y hagamos tres tiendas, para ti una, para Moisés otra y para Elías otra. Porque no sabía lo que se decía.

(S. MARCOS, c. 9, v. 4 y 5.)

No hubo jamás espectáculo más glorioso ni más admirable que el que pasó sobre el monte Tabor en la persona de Jesucristo á vista de sus apóstoles, y es el mismo que la Iglesia nos pone delante de los ojos, para la instrucción y edificación de nuestras almas. En un santo y apacible retiro, lejos del ruido y comercio de los hombres, en medio de una larga y fervorosa oración, de repente se muestra el Hijo de Dios en su grandeza y gloria. Su rostro se deja ver resplandeciente, espárcese una claridad celestial alrededor de él, y penetrando, digámoslo así, la Divinidad el velo de su carne mortal, deja ver sobre la tierra una imagen de la gloria que los bienaventurados gozan en el cielo. Moisés y Elías son los testigos fieles de estos misterios, y aquí es donde se puede decir con San Pablo, que se vió la justicia de Dios, autorizada por la ley y por los profetas. Pero lo que causa más admiración es, que en medio de esta especie de triunfo no se hable sino de pasión, de sufrimientos, de muerte y de aquellos sagrados, pero tristes misterios, que una excesiva caridad debía hacer cumplir en Jerusalén; para enseñarnos que es necesario en las luces que Dios nos da, en las gracias que nos hace, y en las prosperidades que nos envía, moderar nuestra alegría, á vista de las penas y de las tribulaciones de la vida; y que en los trabajos y malos sucesos que nos afligen, debemos sostener nuestra flaqueza con la esperanza de la gloria, que Jesucristo nos ha prometido.

Todo en esta transfiguración de Jesucristo es no sólo admirable, sino instructivo. La voz del Padre que se hace oír, nos encarga la

obediencia; la majestad del Hijo que se hace ver, nos muestra nuestra bienaventuranza; Elías y Moisés juntos nos representan aquel temperamento de zelo y de caridad, que hace á los hombres evangélicos, los apóstoles ya absortos de alegría, ya abatidos de temor, son figura de esos cristianos imperfectos á quienes las consolaciones afeminan y las dificultades acobardan; y San Pedro, que por una indiscreta pasión de gozar de una felicidad exterior y anticipada, quiere establecerse sobre el Tabor, y no llegar al Calvario, ¿no es imagen de aquellos cristianos preocupados, que ponen toda su dicha en donde no puede hallarse, sin querer buscarla por los caminos que la Providencia divina les ha señalado? Sobre esta parte de nuestro Evangelio tengo ánimo de detenerme, para descubriros nuestros errores é imprudencias para buscar nuestra bienaventuranza y procurar nuestra salvación.

Si observamos bien, hermanos míos, los unos están apegados al mundo, quieren hacerse felices en él, y no buscan la bienaventuranza donde conviene. Esta será mi primera idea. Otros no siguen las reglas del Evangelio, y por deseos que tengan de salvarse, no la buscan como conviene. Esta será mi segunda idea. Y ved aquí, hermanos míos, el asunto de este discurso, si me honráis con vuestra atención. *Ave Marta.*

Nada hay, hermanos míos, que tenga consecuencias más peligrosas que el formarse una falsa idea de felicidad, porque siendo el fin la regla de nuestros deseos y de los movimientos de nuestra alma, cuando uno se engaña en el fin, se propone falsos medios, se alimenta de falsas esperanzas, y siempre se camina por sendas extrañadas. Fórmase como un error universal que se esparrame en toda la conducta de la vida; y este es el motivo porque no acertamos el blanco de nuestras miras. Habiendo venido Jesucristo, dice San Juan Crisóstomo, para predicar y establecer el reino de Dios, que es la bienaventuranza cristiana, prohibió expresamente aficionarse á objeto alguno de la concupiscencia, dando á las riquezas, á la grandeza y á la sabiduría mundana un carácter de reprobación, porque de ordinario se pone en ellas la confianza, y en lugar de tomarlas por consuelos que Dios ha concedido á la miseria humana, se las mira como felicidades absolutas; y porque las ventajas de esta vida producen y fomentan malos efectos, que enfrian el amor y el desseo que debemos tener por la otra, según las leyes del cristianismo.

Porque, hermanos míos, hay una mala disposición en el alma de la mayor parte de los cristianos, y aun en personas buenas, que los

aparta de su salvación, quiero decir, grande aplicación y apego á esta vida presente, y una indiferencia y gran tibieza por la que esperan en el cielo. Refiérenlo todo á sí, ó á lo que tiene conexión con ellas; ocúpense en los deseos de su comodidad, de su salud, fortuna, codicias, esperanzas, solicitudes por su establecimiento ó de su familia; embarrázanse enteramente en los negocios temporales, y echan á un lado los eternos. No piensan en ellos sino rara vez, friamente, y de ordinario los olvidan. Se hallan bien en este mundo, contentáanse con los bienes que gozan en él, y no desean, ni buscan (á lo menos con ardor y ansia) los bienes eternos que Jesucristo nos ha prometido. Bastante se deja sentir este desorden, demasiadas experiencias tenemos de ello; y con todo eso bien pocas son las personas que se examinan sobre este punto. Todo lo demás fácilmente se perdona, y aun las mismas gentes que parecen abrazar la piedad, no reflexionan sobre esto.

Yo, hermanos míos, digo que esto es buscar la bienaventuranza donde no está, y esto no conviene á un cristiano. Lo primero, porque así como hay malas obras, que nos excluyen del reino de los cielos, también hay malas disposiciones, que nos apartan y nos hacen indignos de él; esto es resistir al espíritu de Jesucristo, cuyo reino es celestial, cuyas recompensas son espirituales y cuyas promesas son eternas; porque los que se paran en las consolaciones pasajeras y en las bendiciones temporales, por arreglados que sean por otra parte, tampoco merecen tener sino recompensas temporales y pasajeras. En segundo lugar, este estado es contrario al espíritu de penitencia, porque es acaso estar tocado del horror del pecado, vivir con gusto en el mundo, en donde todos los días se está en la ocasión y en el peligro de cometerlo? ¿Es amar á Dios, el complacerse en esta vida y permanecer en la ignorancia de la verdad, estando en la incertidumbre de su amor ó de su odio? ¿Es por ventura sentir la propia miseria, vivir contento con lo que se tiene, sin suspirar por lo que nos falta? El que se halla gustoso en el destierro, hace ver que no tiene mucho amor á la patria, y el que no gime como peregrino sobre la tierra, no se regocijará como ciudadano en el cielo: *Qui non gemit ut peregrinus, non gaudebit ut civis*: estas son palabras de San Agustín. Lo tercero, este apego natural y presente es contrario al espíritu de oración y de petición, porque no haciendo caso de nuestras miserias, no clamamos al que puede aliviarnos; y siendo la oración una expresión de nuestros deseos, pedimos flojamente el reino de Dios, que no deseamos con ansia. De aquí provienen aquellas distracciones de espíritu y de corazón, que nos hacen reflexionar sobre nosotros mismos, mal que

nos pese, cuando queremos recurrir á Dios. De aquí aquellas nubes de distracciones y de aliciones humanas, que se levantan entre Dios y nosotros, aquellos deseos del siglo á que nos hemos acostumbrado, aquellas imágenes del mundo de que tenemos el espíritu lleno, aquellas memorias y aun recuerdos voluntarios de los placeres, ó de las penas que nos suceden, de que está el corazón ocupado; que son otros tantos impedimentos para la oración, y otras tantas señales de nuestra inclinación al mundo. Lo cuarto, porque nada hay tan opuesto al espíritu del cristianismo, que tan necesario es para la salvación. Desear es amar un objeto ausente; esperar es desear este mismo objeto como asequible: luego es destruir el espíritu el quitarle el amor y el deseo: luego aquel que se contenta con esta vida presente y no desea la felicidad de la otra, no tiene esperanza cristiana. Estos son los principios de la religión, y estos principios son los ciertos.

La Fe y la experiencia misma nos enseñan, que las satisfacciones que se buscan en las cosas criadas, pueden ocupar nuestro corazón, pero no saciarlo; que su corta duración no sirve sino para inquietar el ánimo del hombre, que por su disposición natural desea poseer eternamente lo que ama, y no fué criado sino para un objeto permanente. Por eso toda la Santa Escritura se esfuerza en quitarnos este afecto y esta inclinación, que tenemos á las cosas del mundo, mostrándonos por su malignidad, por su fragilidad y vanidad, que no pueden hacer nuestra dicha. Porque ¿qué es lo que nosotros podemos amar tanto? Una salud, que el tiempo arruina, y que es por sí misma causa de muchos desórdenes; una reputación, que muchas veces se gana sin mérito y se pierde sin culpa; unas alabanzas, que la mentira da á la vanidad, y la vanidad paga á la mentira; un espíritu que se agrava con el descanso, y se consume con el trabajo; una fortuna, que se establece con dificultad, y de repente cae por su propio peso; una protección, que vendrá por casualidad y os quitarán por capricho; unas riquezas que disipáis por vuestras profusiones, ó que se os quitan con violencia; unos amigos, á quienes vendréis á ser indiferentes, luego que seáis menos felices. ¿Qué esperanzas podéis fundar sobre cosas tan poco sólidas y tan poco ciertas? Y con todo eso ved aquí lo que compone esa decantada felicidad temporal, de que las gentes del mundo están tan preocupadas.

Acaso diréis, que bien lejos de estar asidos á la vida presente, le tenéis aversión; que los disgustos que se hallan en ella, las desgracias á que está expuesta, las penas que se sufren, bastan para desprender á uno de ella. Yo bien sé, hermanos míos, bien sé que Dios ha sembrado, aun en los estados más felices, amarguras saludables, según

la expresión del Profeta; que ha querido desengañar á los hombres del mundo con el mundo mismo; y que por una prudencia del todo particular, derrama tan presto las prosperidades para darnos una idea de las felicidades eternas, como las adversidades para inspirarnos el disgusto de esta vida temporal. Yo bien sé que hay pocos corazones, en donde no haya alguna raíz de melancolía y de aflicción. La pérdida de los parientes, la infidelidad de los amigos, las revoluciones de la fortuna, ¿no son accidentes bien comunes? ¿Qué reputación hay, por justa y pura que sea, que no se halle, si no ajada, á lo menos acometida por la envidia y la murmuración? ¿Qué familia tan feliz, que no gima bajo el peso de las tribulaciones domésticas? Lo que hace decir á San Agustín, que ya casi no hay mérito en dejar y aborrecer el mundo, cuando ha llegado á hacerse desagradable, cuando ha perdido aquel falso esplendor y aquellas apariencias engañosas, con que solía encantar á los que le siguen: *Ut etiam speciem seductionis amiserit*. Pero lo más deplorable es, que se lleva en el su cruz sin mérito; que se gasta inútilmente una penosa paciencia; que en lugar de expiar los pecados por las mortificaciones, se aumentan; y lo que se sufre, es una pena, y no una penitencia. Pero lo que más espanta es, que por trabajosa que sea esta vida, estamos muy apegados á ella, por no hacer digno concepto ni estimación de la que Dios nos prepara eternamente feliz.

Pongo aquí por testigo á vuestra conciencia. Vosotros os quejáis del mundo, pero no os desprendéis de él. La codicia derrama sus lágrimas, como la caridad; llorase en Babilonia como en Jerusalén; pero este disgusto no nace de que deseáis vuestra salvación, sino de que estáis sumergidos, y no satisfechos, en vuestros placeres. No es la caridad la que se aflige de estar apartada de Dios; es la codicia la que se queja de no verse satisfecha. No son la alegría ó la tristeza, en las que repara Dios; son sí el corazón y el deseo; ¿y qué diferencia halláis vosotros entre los que tienen su consolación sobre la tierra, y los que gimen por no tenerla? ¿entre los que aman la vida, porque gozan de los bienes del mundo, y los que la aborrecen, porque no llegan á gozarla como quisieran? El menor rayo de fortuna disiparía vuestra tristeza; y la señal más palpable de la pasión ardiente que tenéis por el mundo, es que aún no puede ser apagada por el modo tan dominante y tan tirano con que os trata. Lo que hace ver, que vosotros podéis no estar contentos, pero que aún no estáis desengañados; y que buscáis en él vuestra felicidad, en lugar de buscarla en la posesión del mismo Dios.

¿Queréis, pues, conocer si no tenéis este apego á la vida presen-

te? Pues juzgad vosotros mismos, si tenéis un disgusto general en todo aquello que os aparta de Dios; si camináis acá bajo con actividad, como un pasajero que camina á largas jornadas hacia su patria; si tenéis el peligro en que estáis de perder la felicidad á que aspiráis; si consideraréis como una desgracia el gozar para siempre de todos los bienes de la tierra, si fuese preciso verse privado por esto de los bienes eternos; si lloráis la ceguera de los hombres, que engañándose en el negocio de la bienaventuranza ó de su salvación, ordinariamente les sucede, ó desear lo que no pueden tener (y este es un tormento), ó tener lo que no debieran desear (y este es un error), ó no amar lo que convendría amar y desear únicamente (y esta es la mayor de todas las desgracias).

Veid aquí cómo se busca la bienaventuranza en donde no está, y cómo se dice: *Bonum est nos hic esse*. Veamos, para nuestra instrucción, quiénes son los que no la buscan como conviene, y á quiénes se les puede decir: *Nesciebat quid diceret*.

Si se hubiese de juzgar de las palabras y de las intenciones de San Pedro sobre el Tabor por las reglas de la razón y del común modo de pensar, parece que nada hay en ellas que no sea virtuoso y loable. Deseó ser feliz, y no hay cosa más natural; no pone su felicidad en las grandezas ó en las fortunas del mundo, sino en la vista y en la contemplación de Jesucristo; ¿hay cosa más santa? Por grandes que sean sus deseos de hacer esta dicha durable, con todo eso nada quiere sino con el beneplácito de su Maestro: *Si vis*; si queréis, Señor; ¿pues hay cosa más razonable, ni acción más sumisa? Sale como fuera de sí mismo, dice San León; y se eleva sobre todas las cosas criadas, por un exceso de amor, de alegría, de deseo y de admiración de las eternas; ¿hay pensamiento más noble? Y con todo eso el Espíritu Santo nos enseña por sí mismo, que no sabía lo que se decía: *Nesciebat quid diceret*.

¿Cuál es, pues, el defecto de San Pedro? Es, dice San Juan Crisóstomo, que la propuesta que hace de quedarse en el Tabor, no tanto proviene de un deseo constante de estar con Jesucristo, como del placer que siente en verle de aquel modo glorioso. Es un fervor pasajero, que una consolación exterior hace producir, y que cesaría en la primera persecución. Quiere gozar de la bienaventuranza y emplearse en la vista de Jesucristo; pero luego que halle alguna dificultad ó algún peligro en seguirle, temblará, se retirará de él y le negará. ¿No reconocéis vosotros en esto aquellos deseos superficiales, interesados y débiles que nos vienen de salvarnos y de gozar de la felicidad de los santos? Y si se considera esta bienaventuranza en

si misma, ¿hay cosa más grande? Es la verdad contemplada sin velo y sin nube; es la caridad sin mezcla alguna de amor propio; es la vista de Dios, no por imágenes y enigmas, sino descubiertamente y cara á cara; es el gozo de un bien eterno é infinito, que se ama ardentemente, pero sin inquietud; que siempre se posee igualmente, pero sin ningún disgusto; es la felicidad del hombre, que en la substancia es del mismo orden que la de Dios, porque así como sólo Dios puede hacerse feliz, y su felicidad no podría ser inferior á lo que él es, así también él solo puede ser su felicidad y ser á un mismo tiempo la felicidad de las criaturas racionales. Digámoslo en una palabra; ese Dios mismo que nos hace semejantes á sí, para hacernos capaces de sus comunicaciones eternas, nos da á gozar en nuestro cuerpo y en nuestra alma de los bienes divinos é incomprensibles que ha preparado á sus escogidos.

Pero como, por un orden de la providencia de Dios, las cosas más elevadas son también las más difíciles, la corrupción de la naturaleza, las preocupaciones de la costumbre y las relajaciones del siglo forman sin cesar obstáculos á nuestra salvación. Es necesario tener, dice San Agustín, un deseo constante y entero; querer fuerte y plenamente, *fortiter et plene*: fuertemente, porque es necesario juntar el trabajo y las buenas obras al deseo y á la esperanza; plenamente, porque es necesario reducir estos deseos y estas buenas obras á un solo y último fin; fuertemente, porque es necesario vencer los obstáculos que se encuentran; plenamente, porque es necesario recoger todos los frutos de las gracias que Dios nos ha hecho; fuertemente, porque Dios se da á título de recompensa; plenamente, porque se da á título de bienaventuranza. No obstante, si examináis ese deseo, que la mayor parte de los cristianos dicen que tienen de conseguir su salvación, hallaréis que es una reflexión del espíritu, y no un movimiento de la voluntad; es un testimonio que se da de que hay una bienaventuranza, y no una resolución que se tiene de hacer todo lo que conviene para conseguirla; es un aspecto de religión, que la deencia quiere que se dé, cuando enteramente no se ha renunciado á Jesucristo y á su palabra; es un resto de fe, que la vista de algún objeto sensible acaso habrá suscitado; es el objeto de una devoción más aparente que sólida, que produce por intervalos ciertos gustos espirituales en una alma, por otra parte tibia é indiferente.

Desean en general el salvarse, pero no trabajan jamás con ahínco; es un proyecto vago de corregirse y de reformar las costumbres, que siempre se queda en el pensamiento, y jamás se pone por obra; porque el mundo está lleno de gentes bien intencionadas, que jamás

electúan sus buenas intenciones; que conocen la verdad, y que no obran la justicia; que condenan todos sus vicios en conjunto, y jamás castigan uno de ellos en particular; que dicen incessantemente, *quiero, quiero*, y á la menor dificultad que se les presenta, ya olvidan lo que han querido; valientes en palabras, y cobardes en la ocasión; pacientes y sufridos cuando nada tienen que sufrir; humildes cuando nadie los desprecia; castos cuando no son tentados; justos cuando no se atraviesan sus intereses; caritativos cuando no les cuesta nada.

El segundo defecto de la propuesta que hace San Pedro á Jesucristo, es que quiere hacer él mismo su suerte y eximirse de las órdenes de la providencia de Dios; quiere quedarse á los pies de Jesucristo, estando destinado á predicar su Evangelio; queria más contemplar su rostro resplandeciente que pensar en la conversión de los pueblos, á la cual era llamado; piensa, en fin, en su felicidad particular. En vísperas de la pasión de su Maestro, en que debía prepararse á la persecución y al sufrimiento, quiere vivir en las consolaciones que tiene de Jesucristo y en una ociosa contemplación de su gloria; y así sale de los límites de su destino y de su estado: *Nesciebat quid diceret*. ¿No es éste el error de la mayor parte de los hombres, aun de aquellos que hacen profesión de piedad? Quieren distinguirse, singularizarse y hacer un papel diferente del que Dios quiere que hagan.

Es cierto, y toda la Escritura nos lo enseña, que dentro de la misma religión hay vocaciones y estados diversos, que tienen sus virtudes y obligaciones propias y proporcionadas. Dios lo ha querido así, dicen los Padres, para que toda suerte de hombres sirvan á los fines para los cuales han sido destinados; y así como en la creación del mundo mandó á las plantas que cada una llevase el fruto según su especie, así también en el arreglo de su Iglesia ha mandado á todos los cristianos hacer frutos de buenas obras, cada uno según su vocación particular. En lo cual hace ver los diferentes efectos, ó, según las palabras del Apóstol, *las diferentes formas de su gracia*, que se comunica tan diversa y tan abundantemente. También es cierto que Dios conduce á sus escogidos por medios conformes al estado en que los ha puesto; que ha ligado su salvación á estos medios, y que la perfección de cada uno consiste en las prácticas de las virtudes que le convienen en su profesión; pero, sin embargo, no hay tentación más peligrosa ni más común que la de querer salir de los límites de su estado, con apariencia del mayor bien que se cree poder hacer; porque se apodera del espíritu humano no sé qué inquietud en el camino de su salvación, que hace sentir dificultad en mante-

nerse en el orden en que Dios le ha puesto y en que debe estar.

El tercer error de San Pedro, dice San Bernardo, es que quiere participar de la gloria de Jesucristo antes de tener parte en su pasión y sufrimientos; y de este modo invertir el orden establecido por Dios para la conducta de sus escogidos. *Los ha llamado*, dice San Pablo, *y los ha destinado á ser conformes á la imagen de su Hijo*. Pero como fué preciso que Jesucristo sufriese antes de entrar en su reino, ha dispuesto que los que le pertenecen lleguen á su gloria por las penas de esta vida, ya para experimentar su fidelidad, ya porque siendo esta gloria el fruto de los sufrimientos de Jesucristo crucificado, debemos adquirirla por los mismos medios que nos la ha merecido; ya porque la providencia de Dios, que nos ha querido imponer la necesidad de trabajar en nuestra salvación, nos ha querido también excitar á vencer los obstáculos que se encuentran en ella, por la esperanza de una eternidad bienaventurada. Y así todas las expresiones de que la Escritura se vale para denotar esta gloria, comprenden lo que es necesario hacer para conseguirla, y casi no se podría definir sino por las penas que cuesta. Porque ¿qué es la gloria que Dios prepara á los bienaventurados? Es una recompensa; luego es necesario haber servido para obtenerla: es la corona de justicia; luego es necesario haber combatido á los enemigos de nuestra salvación: es el reino de los cielos, y Jesucristo nos enseña en el Evangelio, que es necesario conquistarlo y *arrebatarlo con violencia*. Es la bienaventuranza, y Jesucristo la aplica en esta vida á la pobreza, á la humildad y á la paciencia. Luego indiscretamente y sin razón, dicen los Padres, se quiere recoger el gozo de la retribución en la eternidad, si no se ha sembrado en las tribulaciones en este mundo, y si en las tentaciones que nos rodean, no se ha pedido á Dios la paciencia antes que la felicidad; porque el tiempo del trabajo y del sufrimiento debe preceder al del reposo y de la gloria.

Pues, hermanos míos, consultad á la mayor parte de los cristianos, y os dirán que aspiran á la eternidad; que el cielo es el objeto de su esperanza; que tienen como los demás sus deseos y sus pretensiones á la bienaventuranza; pero examinad su vida, y veréis que si la mortificación y la penitencia son los medios de llegar á ella, no van por los caminos que son necesarios. El espíritu del mundo, la sensualidad y la delicadeza particularmente reinan en ellos.

En fin, hermanos míos, lo que el Evangelio reprende en San Pedro, es que quiere detenerse en el Tabor, como si hubiese arribado á su perfección; lo que hace decir á San Juan Crisóstomo: ¿Qué decís, Pedro? ¿Creéis haber consumado la obra de vuestra santifica-

ción? Todavía tenéis una carrera muy larga que andar; debéis ser apóstol, pontífice y mártir de Jesucristo, y el ministro soberano de su Iglesia; para enseñarnos, que es una ilusión hacerse un plan de piedad distinto del que nos ha señalado la voluntad divina. Por eso la Escritura nos enseña, que es necesario adelantar siempre en los caminos de Dios; que la verdadera virtud no se detiene en un término, ni es limitada por el tiempo; que el justo va siempre de bueno á mejor, y jamás dice *basta*; que el espíritu del hombre jamás permanece en un mismo estado; que es necesario que crezca ó que disminuya en virtud; que el no adquirir es perder, y disipar el no recoger con Jesucristo; y que, en fin, sucede lo mismo en la religión que en aquella escala mística de Jacob, en que los ángeles subían y bajaban; esto es, que no hay medio, dice San Bernardo, entre el fervor y la religión, entre el progreso y la decadencia. No obstante, descuidase mucho; siempre se cree haber hecho bastante; y no aspira sino á una medianía de virtud, con la cual se juzga que infaliblemente se asegura la salvación. Mirase á los más imperfectos, y se hace una conciencia de comparación, por la cual se prefiere uno á los demás. En los bienes de fortuna siempre se mira á los que son superiores, á los más poderosos, á los más felices, á los más ricos, con el fin de excitar la codicia, y se aparta la vista de la indigencia; pero en los bienes espirituales siempre se mira á los que son inferiores, á los que son menos justos, menos caritativos, á los menos pacientes, á los menos sufridos, á fin de lisonjear el orgullo propio, disminuir las obligaciones y autorizar la relajación. ¿Pues no tengo yo motivo de decir á los que quieren conseguir por estos medios la bienaventuranza, como el Evangelio dice de San Pedro, que arriesgan su salvación, y que no saben lo que se dicen ni lo que se hacen? *Nesciebat quid diceret*.

¡Dichoso, pues, aquel que busca la bienaventuranza donde conviene! Pero más dichoso el que la busca como conviene, y fijando sus pensamientos y deseos en las promesas que le hace la Fe, acomoda su conducta á las reglas que ella le muestra, y de este modo se pone en estado de merecer el cumplimiento de lo que le promete, que es lo que yo os deseo. *Amén*.

LA ENTRADA TRIUNFANTE DE JESUCRISTO EN JERUSALEN

*Ecculta satis, filia Sion... Ecce Rex
tuus venit tibi: justus et Salvator: ipse
pauper: et ascendens super asinam: et su-
per pullum filium asinae.*

Regocíjate mucho, hijo de Sión: mira
que tu Rey vendrá á ti, justo y Salva-
dor; él vendrá pobre y sentado sobre una
asna y sobre un pollino, hijo de asna.

(ZACHAR. IX, 9.)

Como Jesucristo es hombre y Dios, amados hermanos míos, por eso sus misterios son un compuesto de sencillez y de grandeza, de modestia y de majestad, de pobreza y de magnificencia. Y como las miserias reales de la naturaleza humana, de que se hallaba revestido, en nada alteraron la verdad de su naturaleza divina, por eso las apariencias humildes en nada obscurecieron la grandeza, la magnificencia y la gloria de sus misterios. Mirad, si no, el misterio de hoy, que siete siglos antes fué descrito por Zacarías, más bien como evangelista que como profeta. Es verdad que Jesucristo, según esta admirable historia profética, entra hoy en Jerusalén sin otro séquito que la compañía de sus Apóstoles, sin otro ejército que las turbas devotas, sin otras armas que la palma y la oliva, sin más carruajes que un despreciable jumento, sin más aparato que las pobres vestiduras de sus discípulos, sin más pompa que la modestia de sus miradas, la dulzura de su rostro, la pobreza y la mansedumbre de su aspecto. Sin embargo, bajo unas apariencias tan sencillas y tan pobres, no por eso, como dice el Profeta, deja de manifestarse Hijo de Dios y Salvador del hombre, no por eso deja de mostrarse el Rey justo y poderoso de los judíos, que, destruyendo las armas de sus enemigos, sujeta é incorpora hoy los gentiles á su pacífico reino; no por eso deja de mostrarse Dios Criador y Señor del mundo, cuyo imperio no tiene más límites que el universo ni más término que la eter-

nidad. Y por lo mismo, esta entrada en Jerusalén, tan insignificante en las apariencias, no deja de ser, sin embargo, uno de los más ruidosos milagros, uno de los más grandes acontecimientos de la vida del Señor, digno de la admiración y de la alegría de la verdadera Sión, la Iglesia: *Ecculta satis filia Sion.*

Hoy veremos cómo en su entrada en Jerusalén cumplió el Señor en este día una profecía tan espléndida, y cómo bajo unas apariencias tan humildes se manifestó verdadero Dios, verdadero Rey y verdadero Salvador del mundo, manifestando al mismo tiempo los misterios que el orgullo desprecia porque no los conoce, pero que son de un valor infinito para la fe, que los cree y los admira. *Ave María.*

Estaba mandado á los judíos por la ley, hermanos míos, que en el mes de Nizan, en que se celebraba la Pascua, desde el día diez se proveyese cada uno de un cordero, que se debía inmolarse en el día catorce, para ser comido en aquella tarde. Por consiguiente, en la dominica anterior, tal día como hoy, entraban en la ciudad, adornados con cintas y con flores, entre las aclamaciones del pueblo, los corderos que debían ser sacrificados el jueves siguiente.

No hay cosa más cierta en la Iglesia, exceptuando la autoridad de la Escritura y de la tradición, que la fe de que este cordero que se inmolaba por los hebreos en la Pascua era el tipo y la figura de Jesucristo, verdadero Cordero de Dios, que debía ser sacrificado para borrar el pecado del mundo.

Y para cumplir este rito profético, como dicen los intérpretes, Jesucristo, el Cordero de Dios, que en el mismo rito estaba figurado, quiso entrar hoy en Jerusalén cuando entraban en esta ciudad los corderos, que eran su figura. Y entra en ella entre las aclamaciones del mismo pueblo que debía crucificarle cuatro días después, de la misma manera que entraban en este día en ella los corderos entre las aclamaciones del mismo pueblo por quien eran inmolados cuatro días después. Y así como antes de tomar parte el pueblo en la inmolación de los corderos y derramar su sangre en la tarde del jueves, todo el pueblo los festejaba en la dominica al entrar en la ciudad, y los miraba y los reconocía como el signo visible de la protección divina y de la salvación de todos; de la misma manera Jesucristo, antes que todo este pueblo conspirase el jueves á su muerte y á su inmolación, pidiendo con grandes gritos que su sangre se derramase sobre todas las familias y sobre todas las personas judaicas: *Sanguis ejus super nos et super filios nostros*, quiso también ser festejado hoy por este mismo pueblo, quiso ser reconocido, saludado y aclamado

por él como el verdadero Rey de Israel, el verdadero Mesías, el verdadero Salvador, justo, santo, puro, bendito, separado de los pecadores; y por lo mismo, el verdadero Cordero, la verdadera víctima, la única digna de ser ofrecida en sacrificio á Dios por la salvación del mundo.

¡Oh sabiduría, oh providencia, oh consejo de este Dios Salvador, cuidadoso de darse á conocer como el tipo de todas las figuras, el objeto de todas las profecías, la realidad de todas las imágenes, la verdad de todas las sombras, probando al mismo tiempo que todo fué escrito por él, que todo se refería á él; que la ley, con sus ritos, con sus ceremonias, se ordenaba á él, y que por lo mismo, en él y por él debía tener su fin, su realidad y su cumplimiento.

Refieren los evangelistas que, dirigiéndose el Salvador á pie á Jerusalén, parándose á una milla de distancia de la ciudad, en Betania, junto á Betfage, llamó á dos de sus discípulos y les dijo: «Id al momento á esa aldea que está enfrente de vosotros, y allí hallaréis una asna y un pollino con ella, atados fuera de una puerta, en medio del camino público. No os informéis de quién es su dueño; no perdáis tiempo en examinar si es conveniente tomarlos sin decir nada; desatadlos y traedme al momento la madre y el hijo. Este hijo sé que todavía no ha sido montado por nadie; por lo mismo, podéis considerarlo como indómito y poco á propósito para mí, ó al menos inútil, porque una sola cabalgadura sería bastante; pero yo quiero que traigáis los dos. Si alguno os dijere: «¿Qué es lo que hacéis? ¿Por qué desatáis esos animales? ¿Con qué derecho tomáis lo que no es vuestro?» Sin entrar en largos discursos, le responderéis simplemente: «El Señor tiene necesidad de estos jumentos; el Señor los ha menester»; y al momento os los dejarán.»

¡Cuán majestuosa en su misma sencillez es esta orden del Salvador! ¡Cuán magníficas son estas palabras que él pone en la boca de sus Apóstoles: *El Señor tiene necesidad de ellos!* Prohibiéndoles que dijesen: El Señor nuestro, el Señor vuestro, el Señor de Nazaret, el Señor de Jerusalén; y mandándoles que dijesen sólo *el Señor*, sin otro agregado que, particularizándolo, no hubiera hecho más que limitar su dominio y su poder, les manda que lo anuncien como *el Señor por excelencia*, el Señor absoluto, el Señor verdadero, el Señor único, que, por lo mismo que no es el Señor de una cosa ni de un lugar especial, es el Señor universal de todo, del cielo y de la tierra, de los hombres y de los animales, de todo cuanto vive y de todo cuanto existe. ¡Cuán poderosas son también estas palabras: *Y al momento os serán entregados!* Porque fué lo mismo que decirles: «Vues-

tras palabras tendrán al momento un efecto infalible, porque recibirán de mí, que os las he sugerido, una fuerza á la que nada resiste. Nada se os replicará á esta vuestra respuesta; no se os pedirá prenda ni garantía alguna; no vendrá ninguno tras de vosotros para ver dónde conducis estos animales; no se os encargará que los volváis al momento después que yo me haya servido de ellos, sino que los dejarán en vuestro poder, como si fueseis sus dueños.»

Todo esto se verifica de la misma manera que Jesucristo lo ha dispuesto y anunciado. Los discípulos encuentran los dos jumentos en el lugar indicado y se apresuran á desatarlos. El dueño los reconviene; pero habiendo oído las sublimes palabras que Jesucristo había dictado á los discípulos, «El Señor necesita de ellos», sin dificultad alguna se los dejó llevar. Habiendo presentado, pues, ante Jesucristo la asna y su hijo, los Apóstoles colocaron sobre ellos sus mismas vestiduras, en lugar de albardas, é hicieron que el Señor se subiese en ellos.

Pero ¿qué significa todo esto? Desde Betania á Jerusalén sólo había la distancia de una milla, y el Salvador la había andado siempre á pie. ¿Por qué, pues, quiere hoy andarla subido en un jumento?

San Mateo, citando el vaticinio de Zacarías, dice que este hecho tan singular, tan extraordinario y tan nuevo, fué el cumplimiento de la citada profecía. Y el evangelista San Juan observa que los mismos Apóstoles no comprendieron al principio cosa alguna de este acontecimiento, y que sólo después de la resurrección del Señor, cuando recibieron de él el conocimiento y la inteligencia de la Escritura, acordándose de este día, comprendieron que Jesucristo había cumplido en él la profecía de Zacarías; que este vaticinio se refería á él, y que ellos, sin comprender entonces el misterio que se representaba, habían cooperado á cumplirlo. Es un hecho indudable, y los mismos judíos convienen en él, que las magníficas y misteriosas palabras de Zacarías ya citadas son una profecía que se refiere al Mesías, y que á ningún otro pueden referirse, porque el Mesías está retratado en ellas con todos los rasgos de su persona, de su misión y de sus prodigios. Es indudable también que esta profecía no se cumplió á la letra más que en Jesucristo y por Jesucristo, porque de él solo se lee que entrase en Jerusalén de la manera indicada por el Profeta; y ninguno, ni antes ni después de él, entró en Jerusalén de ese modo. Ved aquí, pues, en esta conformidad perfecta de la profecía con el hecho, un nuevo argumento, contra el cual nada se puede objetar, de que Jesucristo es el verdadero Mesías, el verdadero Salvador anunciado al mundo y esperado por el mundo. Y ved aquí la

primera razón por que el Señor ha querido entrar hoy en Jerusalén en una actitud tan humilde y tan gloriosa, esto es, para cumplir la luminosa profecía, y obtener de ese modo la fe de los judíos y confirmarnos á nosotros en la nuestra.

Pero ¿qué significa la circunstancia notada por los evangelistas, de que los Apóstoles pusieron sus mantos sobre los dos jumentos y ayudaron á Jesucristo á subir á ellos?

¡Oh, cuán bello é importante misterio figuraron los Apóstoles en este acto de respetuosa piedad! dice San Jerónimo. Ellos nos enseñaron que la Iglesia está fundada sobre los mismos Apóstoles; que ellos son los verdaderos doctores del uno y del otro pueblo; que para tener una fe saludable, es necesario creer como ellos; que las verdaderas doctrinas son las que ellos enseñaron; que la verdadera Iglesia no abandona sus vestiduras, herencia preciosa que de ellos ha recibido, ni las oculta debajo de otras más nuevas; es decir, que toda doctrina nueva es una invención humana; que todo aquello que tiene el sello de la novedad, tiene también el sello del error; que el verdadero pueblo en que se sienta Jesucristo, en que Jesucristo reina, en que Jesucristo reposa, que Jesucristo dirige y que Jesucristo guía, es aquel pueblo, son aquellas almas que se hallan cubiertas con las vestiduras de los Apóstoles, con su doctrina, con sus ejemplos y con sus virtudes; que creen lo que ellos, primeros maestros de la fe, creyeron, y practican lo que ellos practicaron; vestiduras siempre nuevas y siempre candidas, que jamás envejecen, que jamás se manchan, que jamás se rompen, que ostentan los colores más vivos, y que son las únicas que atraen las miradas y las complacencias de Jesucristo.

Mas apenas los que habían encontrado al Señor en Betania espargen la noticia de que él iba á Jerusalén, toda la ciudad se pone en movimiento, todo el pueblo sale en turba á su encuentro para acompañarlo en el camino. Unos van delante de él y otros le siguen. Al pasar por el monte Olivete, todos cogen ramos. Cada cual desea tener un ramo de oliva ó una palma en la mano y tomar parte en este triunfo. Porque con la palma, simbolo de la victoria, como dice San Agustín, debía ser acompañado aquel que iba á triunfar de la muerte, muriendo, y á triunfar con el trofeo de la cruz, del diablo, autor de la muerte. La turba crece por momentos; el ancho camino que conduce á la ciudad no basta á contenerla. Todos elevan sus manos, todos agitan en los aires la oliva ó la palma, la alegría brilla en los ojos de todos, el entusiasmo se ve pintado en todos los semblantes, todas las lenguas se desatan en bendiciones y en alabanzas,

los gritos festivos de toda la multitud resuenan en el cercano monte, y desde el monte Olivete retumban en el Calvario. El fin de la vida preciosa del Salvador del mundo es acompañado por el pueblo con el mismo cántico con que los ángeles anunciaron su nacimiento, gritando todos á la vez: «La paz del cielo sea hoy para los hombres en la tierra, y gloria para Dios en lo más alto de los cielos. Ved aquí el Rey bendito que viene en el nombre del Señor.» Y después continúan: «El es el que fué prometido á David, nuestro Padre, como restaurador de su reino.» Salvados, Señor; verdadero Hijo de David; salvados, no en el cuerpo, sino en el alma; no sólo en la tierra, sino en los cielos: *Hosanna filio David, hosanna in excelsis!* Y los que preceden y los que siguen repiten: *Hosanna!* El gozo es general, la alegría es común, todos los entendimientos se elevan, todos los corazones se estremecen, todas las cabezas se inclinan ante él, todas las manos lo señalan, todas las lenguas lo alaban, todas las bocas lo bendicen. Y notad también que el hecho de esparcir flores y hojas, principalmente de laurel, al paso de los reyes y de los conquistadores, se practicaba con mucha frecuencia; pero no se lee en ninguna historia que los súbditos se despojasen de sus vestiduras para tenderlas bajo los pies de sus reyes. Esta demostración, absolutamente nueva, de religiosa piedad, dió también el pueblo de Jerusalén al Salvador del mundo.

Pero ¿de dónde ha podido nacer una resolución tan pronta y tan general? ¿Qué ven ellos en Jesucristo para aclamarlo rey con tanto entusiasmo y con tanto fervor? Ningún rey, ni antes ni después, entró con más honores en la metrópoli de su reino, que Jesucristo entra hoy en Jerusalén; pero ninguno entró tampoco, observa el Crisóstomo, con aparato tan sencillo y tan modesto. No le preceden trofeos de ciudades conquistadas, ni le rodean guardias de honor, ni le siguen reyes prisioneros, ni le acompañan ejércitos victoriosos. En vez de una carroza real, se presenta sobre un humilde jumento prestado, y enjaezado por los pobres mantos de los discípulos; en vez de cortesanos armados, se presenta rodeado de sus doce Apóstoles. Nada tiene de la gloria, de la magnificencia, de la riqueza, del lujo, del estrépito ni del terror que acompaña á los reyes de la tierra. Nada tiene de lo que pueda hacerlo temer, sino todo aquello que pueda hacerlo amar; todo en él y á su alrededor respira modestia, pobreza, mansedumbre, gracia y dulzura. El camina, no imponiendo tributos, sino prometiendo gracias; no intimando la servidumbre, sino llevando la salud. Entra, en fin, como lo había anunciado el Profeta, cuando tantos siglos antes lo pintó con los más vivos colores, con los ras-

gos más feitis, como si lo hubiese visto con sus propios ojos: *Ecce Rex tuus venit tibi justus (mansuetus) et pauper et Salvator, sedens super pullum asinæ?*

¡Oh cuán bello es ver á Jesucristo, mientras cumple tantas profecías antiguas, obrar tan grandes, tan nuevos y tan estrepitosos prodigios! Porque, en efecto, ¿quién pudo revelar tan claramente al pueblo, que Jesucristo con un exterior tan poco á propósito para subyugar é imponer, era el verdadero rey de Israel, el Mesías prometido por Dios á David, su verdadero heredero, el restaurador de su reino espiritual, el Salvador del mundo, y hacer que lo saludase como el verdadero enviado de Dios, el bendito de Dios, que viene á traer la bendición al pueblo, la paz á la tierra y la gloria al cielo? ¿Quién ha podido mudar en un instante las ideas equivocadas, las preocupaciones inveteradas que este pueblo se había formado del Mesías que esperaba? ¿Quién ha podido elevar sus almas hasta el punto de no escandalizarse de un aparato de tanta humildad y de tanta miseria, y hacerles entender el misterio del Mesías, como lo entendieron Moisés y los profetas? ¿Quién ha podido, de un pueblo material, corrompido y enemigo de Jesucristo, formar de repente un pueblo espiritual, santo y amoroso? ¿Quién ha podido domesticar este indocil jumento, ponerle el freno y hacer que de su boca, acostumbrada á la blasfemia, saliesen los himnos de los ángeles y la alabanza y la bendición de los profetas? ¿Quién ha podido disipar en un momento el temor infundido por la Sinagoga á todo el que osase siquiera nombrar á Jesucristo, y que obligaba á todos al silencio, y no permitía que ninguno se declarase á su favor? ¿Qué se hicieron las amenazas, repetidas tantas veces por los sacerdotes, de excomulgar á todo el que osase reconocer á Jesucristo por el Mesías? ¿Quién ha podido obrar estos cambios tan grandes y tan repentinos? ¿Quién ha podido inspirar de improviso un celo por honrar á Jesucristo, tan vivo, tan universal, tan firme y tan superior á todas las consideraciones humanas? Buen Dios, exclama en este lugar el Crisóstomo, ¿cuántos prodigios no supone este prodigio! Los reyes de la tierra nada pueden por sí mismos, porque nada han criado. Toda su riqueza es ajena, toda su magnificencia es prestada, toda su fuerza sensible resulta de los impuestos públicos, que les proporcionan hombres y dinero. Pero Jesucristo demuestra hoy que dispone de una fuerza invisible, pero omnipotente, que reside plenamente en él. Jesucristo se anuncia hoy Rey semejante á los otros reyes, Rey único y verdadero, que, en las apariencias humildes del hombre, es verdaderamente Dios, Rey de una independencia absoluta y de una grandeza infinita, Rey cuyo

reino sólo depende de su voluntad, y que tiene en sí el principio, el derecho de su imperio y la fuerza necesaria para hacerse obedecer. Jesucristo se manifiesta hoy un Rey, á quien está sujeta la naturaleza espiritual y corpórea, que dispone de las voluntades libres lo mismo que de las cosas insensibles; que se forma él mismo todos sus súbditos, cuya obediencia es un efecto secreto de su gracia; que no necesita más que descorrer un poco el velo, para manifestarse cómo es en sí, y que en el momento en que le place reinar sobre un pueblo, sin más armas que las impresiones de su gracia, sin otro cetro que la mansedumbre y la paz, somete á sí las gentes, hace que todos los espíritus se humillen para reconocerle, que todos los corazones se muevan para amarle, que todas las lenguas se apresuren á tributarle homenaje, y de este modo funda un imperio que no conoce límites.

Mas al cumplir el vaticinio de Zacarías, hace el mismo otro vaticinio más espléndido y más magnífico. Los prodigios que obra en Jerusalén son prendas y figuras de otros prodigios mayores que ha de hacer dentro de poco en todo el mundo. Él no dará tesoros terrenos á sus discípulos, sino que les aconsejará su misma pobreza. No llenará la tierra de armas y guerreros, sino que mostrará tan sólo un leño de deshonra. No derramará la sangre de sus enemigos, sino su propia sangre y la de sus amigos. Será rey, pero tendrá por cetro una caña, por diadema una corona de espinas, por manto real un girón de púrpura, por oro su caridad, por trofeos sus llagas, y por trofeo su cruz. No hará la guerra, sino que llevará la paz; no usará de la fuerza, sino de la gracia; no llevará el espanto á los espíritus, sino el amor á los corazones. Sin embargo, conseguirá derrocar el poder humano, que se ha de oponer al establecimiento de su reino; reducirá á polvo el cetro de los Césares, que intentarán perseguir su religión; humillará el orgullo de los grandes de la tierra y las fuerzas del infierno; unirá los judíos á los gentiles; sujetará el mundo de un extremo á otro, y fundará un reino para toda la eternidad. ¡Oh dulcísima regalia de Jesucristo, cuya base es la santidad, cuyo ornato es la mansedumbre, cuya gloria es el perdón, cuya magnificencia es la gracia, y cuyo fruto es la salvación eterna! Sed, Señor, nuestro Rey verdadero y único. Reinad en nuestro entendimiento con vuestra fe, en nuestro corazón con vuestra caridad, y en nuestra conducta con vuestros ejemplos. No nos separéis de Vos ni os separéis de nosotros, sino reinad en nosotros y con nosotros, en el tiempo y en la eternidad. *Amén.*

TRIUNFO DE JESUCRISTO EN JERUSALÉN

Dixit filius Sion: ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.

Decid á la hija de Sion: he aquí tu rey viene manso para tí.

(S. MAT. c. 21, v. 5.)

Este es el día en que da principio el solemne recuerdo de los misterios más tristes y melancólicos, que tan amargamente lamenta el profeta Jeremías; y no obstante esto la Iglesia, que para preparar mejor á sus hijos á la celebración de estos misterios, quiere que se entreguen á un llanto copioso y amargo; esta misma cariñosa madre no sólo suspende en este día todas las demostraciones del dolor y la tristeza, sino que convida á todos á participar de su inmenso regocijo. Esto parece tanto más extraño cuanto que el motivo que nos propone para inspirarnos este regocijo, debería excitar con más poderosa razón á una profunda tristeza, á un llanto inconsolable. Es verdad que hoy se presenta en medio de las más festivas aclamaciones el Rey más justo y poderoso, el Rey más amable de los reyes, ostentando por su numerosa, lucida y entusiasmada comitiva las señales de un célebre y glorioso triunfo; pero este pueblo que de tal manera le honra, ¿no es la ciudad de Jerusalén? ¿no es la ciudad decidida? ¿esa misma ciudad, en que hace pocos días se ha decretado irrevocablemente su muerte? ¿esa misma ciudad, en la que se le busca con la más exquisita diligencia, para asegurarle y hacerle sufrir una sentencia tan inhumana? ¿esa misma ciudad, en que realmente ha de morir dentro de cinco días?

Si los hebreos, oprimidos con una cruel esclavitud, hubieran conocido que Moisés se presentaba en la corte de Faraón por misión divina; hubieran experimentado un consuelo inexplicable, y entregádose á las demostraciones más públicas y expresivas de su regocijo, si la falta de libertad no se lo impidiera, celebrando la entrada de su libertador, bendiciendo con humilde reconocimiento al Señor que se dignaba enviarle, y tributando mil elogios al enviado, que con

tan heroica firmeza arrostraba los grandes peligros á que le exponía aquella empresa, cuyo objeto era poner fin á sus trabajos y conducirlos á la posesión de la tierra prometida. Nosotros que sabemos con certeza que el Rey que hoy entra triunfante en Jerusalén, viene precisamente para nosotros, para sacarnos de la esclavitud de Satanás, ¿cómo podremos ocultar nuestro regocijo, aunque preveamos su muerte, si no podemos dudar que nuestra salvación pende de este sacrificio?

Esta es, señores, la causa de excitarnos hoy la Iglesia santa á la satisfacción y al júbilo; y por esto mismo os exhortaré yo también á que, sin olvidar el sacrificio de la cruz, celebréis el misterio de este día. Para poder hacerlo con acierto, pidamos al Señor los auxilios de su gracia soberana. *Ave María.*

Tal era la admiración que ocasionó á las turbas la vista del poder, de la sabiduría y bondad de Jesús Nazareno, que estaban decididas á aclamarle públicamente por su rey; pero este amable redentor, movido de aquella humildad sublime que tanto procuraba inspirar á su pueblo, se ocultó á su vista por una especie de milagro, para impedir lo que hubiera sido muy difícil permaneciendo en su compañía. Este notable acontecimiento había tenido lugar muy pocos días antes; y á pesar de esto, hoy se presenta él mismo sin que nadie le busque ni solicite al efecto; él mismo por un movimiento propio de su voluntad se presenta en Jerusalén de un modo no acostumbrado, con el fin de recibir los aplausos y aclamaciones de todos sus habitantes y de las mismas turbas, cuyos obsequios acababa de despreciar; él mismo se presenta á propósito para llamar sobre sí la atención universal.

Si se trata de averiguar la causa de esta conducta, tan contradictoria al parecer, luego se ofrecen á la imaginación otras circunstancias no menos extrañas. Sin contar con nadie, ordena á dos de sus discípulos que se adelanten y conduzcan á su presencia dos jumentos, madre é hijo, que se hallaban á muy poca distancia, diciendo, por desvanecer cualquier temor ó recelo que pudiera ocurrirles, que su dueño no opondría la menor resistencia, apenas le hicieran entender que los necesitaba; lo que sucedió con efecto. Los discípulos, sin reparar tal vez en esta especie de prodigio, colocan sus vestiduras sobre las bestias, para que les sirvieran de adorno, y de comodidad á su maestro, y haciendo subir á éste en una de ellas, se dirigen á Jerusalén, en cuya ciudad les esperaba un espectáculo verdaderamente raro. Una prodigiosa multitud de pueblo, hombres y mujeres,

ancianos y niños, salen á recibirle con las demostraciones del más completo regocijo; tienden por el suelo sus vestidos para que le sirvan de alfombras; adornan el paso con ramos de árboles, y llevando todos en las manos otros ramos de olivas y de palmas, le acompañan entusiasmados, celebran su entrada triunfante en la ciudad, cuyos principales habitantes tanto se afanaban por ver humillado y abati-do, por quitar del medio al amantísimo Jesús; y creyendo llegada la ocasión que antes habían perdido, le aclaman por su rey verdadero con las voces más expresivas, le colman de bendiciones como á un rey extraordinario, como á un rey superior á todos los reyes, como á un rey que les ha enviado de lo más alto de los cielos el Padre celestial.

¡Qué escenas tan maravillosas é inesperadas! ¿Quién es capaz de descubrir la causa, y mucho menos de comprender esto mismo que se está viendo? ¿Lo creéis, lo comprendéis vosotros, obstinados pontífices, orgullosos fariseos? Decidnos, ¿quién os impide ejecutar ahora la sentencia cruel que contra ese inocentísimo cordero habéis ya fulminado? ¿Cómo no asegurarais al supuesto reo, á ese pretendido delincente, á quien habéis perseguido con tan enconado furor, denunciándole públicamente como perturbador del orden? ¿En qué consiste que dejáis en libertad á ese nazareno, en cuya muerte creéis cifrarse la tranquilidad y la dicha de toda la nación? ¿Será tal vez por temor de la plebe? No, ciertamente, porque concluidas las aclamaciones, después de haber cesado el aparato y retirádose la multitud que le rodeaba al entrar en la ciudad, permanece allí cinco dias sin ocultarse de vosotros, y celebrando la pascua con sus discípulos, sin que nadie le oponga la menor resistencia; y si se retiró al huerto de las olivas, fué por voluntad y sin el menor disimulo. ¿Qué es pues lo que os detiene? ¡Ciegos! ¡que no lleguéis á descubrir una fuerza superior que se opone á vuestros infernales proyectos! Abrid esos ojos cerrados por desgracia á la evidencia, y experimentaréis el poder irresistible de su voluntad, palparéis su omnipotencia, conoceréis su divinidad. Volved sobre vosotros mismos; comparad vuestro proceder con vuestros sentimientos y no podréis menos de quedar convencidos. Vuestro odio contra él, en nada se ha disminuido; vuestro furor recibe cada día un aumento considerable; de ningún modo desistis del impio proyecto de hacerle morir en una cruz, y á pesar de eso no os sentis con fuerzas suficientes para ejecutarlo; vuestras manos se hallan atadas al querer prenderle; vuestros pies quedan inmóviles al tratar de acercaros... Confesad, miserables, lo que ya no podéis desconocer; confesad que todo es efecto de su divina omnipotencia. Re-

conoced el dominio que como á criador universal le compete, como lo reconoció sin duda el dueño de los jumentos, al decirle que él los necesitaba. Reconocedlo y confesadlo de buena fe. ¡Qué! ¿será tan extremada vuestra ceguedad, que no os deje ver realizada en el triunfo del Nazareno la figura misteriosa, con que en la fiesta de los tabernáculos se celebraba todos los años por orden de Dios la grata memoria de uno de los más señalados beneficios que había dispensado á su pueblo, de la libertad que le proporcionó por Moisés?

Esta obecección, señores, no puede menos de sorprenderme, porque no sólo era idéntica la figura, sino que eran las mismas las ceremonias y todas las circunstancias, al menos en su esencia. Si entonces celebraba el pueblo aquella festividad en virtud de una ley que se le había intimado pública y solemnemente, ahora celebra esta en virtud de otra inspirada por el mismo Dios, aunque en el interior de cada uno: si entonces celebraba la libertad que el Señor le había concedido por ministerio de Moisés, ahora sin conocerlo celebra otra libertad incomparablemente más feliz y gloriosa, que proporciona á todo el género humano por medio de su propio Hijo. ¡Libertad dichosa! ¡libertad encantadora! ¡Bendito sea el Hombre-Dios que se digna así favorecernos! ¡Bendito sea ese divino Mesías, que viene en nombre del Señor á sacarnos de la odiosa esclavitud de Satanás! ¡Bendito sea ese glorioso triunfador, cuya entrada en Jerusalén se celebra con tantas aclamaciones!

Reparad, amados hermanos míos, en esa multitud de palmas que se ofrecen á vuestra vista, y descubriréis en ella el triunfo más completo de nuestro divino Salvador, no contra los príncipes temporales, si contra el orgulloso príncipe de la soberbia, á quien vence con las armas de la humildad y mansedumbre. Fijad vuestra atención en los ramos de oliva, y veréis significada en ellos la paz apreciable que se ofrece este día, no sólo al pueblo de Israel, sino á todos los habitantes del universo; porque en las dos bestias, madre é hijo, en las turbas que precedían y en las que iban en pos del Salvador, están representados los pueblos judío y gentil, ó, lo que es lo mismo, todas las descendientes de Adán sin excepción alguna. Atended á todas las ceremonias de este glorioso día, y os convenceréis de que está destruido el imperio de Lucifer, del pecado y de todo el infierno; llegaréis á conocer que este es el momento feliz en que se llama á todos á la posesión del reino más abundante, más poderoso, más seguro y más delicioso; que á todos se convida con el perdón de sus delitos, con la gracia del divino Rey y con la herencia de su reino celestial. Todo, hasta la más mínima circunstancia, tiene mucha significa-

ción en este misterio. Los judíos aclaman á Jesús por su rey; le consideran como el rey más fuerte, el más desinteresado, el más amante de sus vasallos, porque conocen que nada necesita, puesto que nada exige de ellos, sino su amor, su gratitud, y esto para poder derramar sobre ellos, sin derogar los derechos de la justicia, los inmensos tesoros de su reino. Por eso dicen los profetas que viene precisamente para nosotros. ¡Ah! ¡qué reflexiones tan edificantes pudieran yo hacerlos, si las circunstancias me dejaran el tiempo necesario, comparando aquellas concisas palabras del evangelio, con que nos presenta á Jesucristo, recibido en triunfo en Jerusalén, *venit tibi*; viene para ti, con aquellas otras con que se nos describe la vía dolorosa del Salvador, *bajulans sibi crucem*, llevando para sí la cruz. Pero me contentaré con decirlo de paso y valiéndome de las palabras de este Padre, que el Rey supremo de los cielos, viniendo á este valle de miserias, sólo busca para sí la prisión, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, la hiel, los tormentos y la muerte, y trae la salud, la vida, la paz, la abundancia y la gloria de toda la eternidad, para repartirlas entre nosotros á manos llenas, de modo que cada uno recibiera sin otra medida que su deseo.

Y es de admirar que en medio de un júbilo tan puro y universal sólo el Salvador se manifieste triste, como poseído de un agudo pesar, que no pudiendo ocultar en su corazón, se descubre exteriormente; sus ojos vierten copiosas lágrimas al ver la obstinada dureza de los judíos, aquella imprudente pertinacia que les hace repeler tan apreciables beneficios, que por lo mismo se convierten en males de la mayor consideración. ¿Quién no conoce que esta sola previsión es más que suficiente para acibarar el dulce placer que experimenta, viéndose tan festiva y gloriosamente aclamado por rey de todo el universo, cuando su venida tiene por objeto único y exclusivo el colmar de bienes á todos sus vasallos? Pero no digo bien; ni el regocijo es universal, ni sólo Jesucristo padece interiormente en esta ceremonia. Los prodigiosos elogios que la plebe sencilla tributa al nuevo rey, son otras tantas saetas que traspasan el corazón de los escribas y fariseos, de los pontífices y demás interesados en perderle: se ven precisados á guardar el más profundo silencio; no se atreven á manifestar el furor de que se hallan animados; se conducen en la apariencia como uno de tantos, como si creyeran la divina misión del Nazareno; tal vez sus lenguas, dirigidas por una fuerza desconocida, se moverán para bendecirle, y sus elogios se mezclarán con los de la plebe; pero en su interior le desconocen, le niegan, le juran un odio eterno, un horror que ni aun ha de acabar con la muerte.

¡Ah hermanos míos! ¡cuánto mayor que la de éstos es nuestra ceguera y locura, si desconocemos el sumo interés que nos resulta de la solemne aclamación de Jesucristo y de su glorioso triunfo! ¡Cuánto más criminal nuestra ingratitud, si conociéndolo, presenciámoslo con indiferencia su recuerdo no tomando en él una parte muy activa! Nosotros sabemos lo que aquellos ignoraban: para nosotros ha descorrido la fe el denso velo que ocultaba á sus ojos la realidad, dejándoles sólo percibir una debilísima y obscura sombra de tan interesantes misterios. A pesar de todas las apariencias que rodean esta ceremonia, no obstante la pobreza, el abatimiento y la humildad, no nos es permitido dudar que nuestro amabilísimo Jesús, que verifica hoy su entrada en Jerusalén, es nuestro verdadero rey, nuestro redentor, nuestro juez, el Unigénito de Dios; tan infinitamente sabio, justo, poderoso, bueno y perfecto como su Padre, con quien y con el Espíritu Santo es el único Dios criador, conservador y dueño de cielos y tierra; un padre amantísimo, en fin, que abrasado del más intenso amor hacia el hombre, viene á cortar de raíz todas sus miserias, y poner en posesión de todos los tesoros y delicias celestiales á cuantos quieran reconocerle con sinceridad, adorarle en espíritu y en verdad, y aprovecharse de su beneficencia.

Acompañémosle con el mayor regocijo; depongamos con generosidad á sus pies todo lo que pueda cebar nuestra vanidad y codicia; aclamémosle con toda la energía posible rey soberano de la tierra y de los cielos, de los hombres y de los ángeles; publiquemos llenos de confianza que aunque su propia morada es la inmensidad de los cielos, en que recibe sin cesar el homenaje y la adoración de tantos millones de millones de ángeles, se digna hoy precisamente, por nuestro amor y para nuestro provecho, presentarse en la tierra y ofrecerse para el sacrificio más aceptable á Dios y más interesante á nosotros; para aquel sacrificio, de que recibieron todo su valor y eficacia cuantos se le han ofrecido siempre; para el sacrificio que por una necesidad absoluta ha de apagar el fuego de la indignación divina; satisfacer abundantísimamente á su infinita justicia, reparar en su totalidad el honor y la gloria de su divina Majestad ofendida, y obtener para nosotros el perdón y la bienaventuranza; para el sacrificio de la cruz, de esa vara misteriosa, cuyo contacto hará que se abran seguramente para nosotros las puertas del templo material, cerradas por el pecado, y nos franqueará la entrada en el de la inmortalidad, del mismo modo que el contacto de la vara de Moisés obligó á las aguas á retirarse y abrir en medio del mar paso franco á los israelitas para la tierra de promisión; para el sacrificio de la cruz, que nos proporciona

en la mayor abundancia á todos los cristianos un alimento espiritual, incomparablemente más dulce y saludable que el maná y las codornices, que para sustento de los judíos envió el cielo á ruegos de Moisés; un alimento que nos asegura la vida por toda una eternidad. Si las venenosas serpientes...

Me olvido de lo que prometí al principio. Concluyo: cuanto las serpientes infernales son más temibles que las terrenas; cuanto es más duro y odioso el yugo de Lucifer que el de Faraón; cuanto son más sensibles los tormentos del infierno que los trabajos que oprimían á los hebreos en Egipto; cuanto son más apreciables y abundantes los tesoros y delicias del cielo que la fertilidad de la Palestina; cuanto excede la duración de la eternidad á la del momento, y la perfección infinita de Dios á la de sus criaturas, tanto debe ser mayor, más sólido, más religioso el júbilo con que debemos manifestar nuestro reconocimiento por el imponderable beneficio que viene á dispensarnos nuestro divino Salvador, que el que pudieran y debieran manifestar los judíos por los que el eterno Padre les concedió por el ministerio de Moisés. Detestemos la pérfida obstinación de éstos, y mezclados con las turbas reconocidas, contribuyamos, en cuanto nos sea posible, á solemnizar el triunfo de Jesucristo, reconociéndole y confesándole por rey de Israel, por el Mesías deseado en todos los siglos, por el redentor, salvador y glorificador del género humano, por el Dios único verdadero; y jurando sacrificar cuanto tenemos y somos, en obsequio de quien se ha sacrificado á sí mismo por nuestra eterna felicidad, bendigámosle en la tierra, para que él nos glorifique en el cielo. *Amén.*

JESUCRISTO LLORA SOBRE JERUSALEN

*Et ut appropinquavit, videns civitatem
flevit super illam.
Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad
lloró sobre ella.*

(Luc. c. XIX, v. 41.)

El sagrado Evangelio nos refiere, hermanos míos, que Jesucristo al llegar cerca de Jerusalén, y al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Ah, si tú reconocieses siquiera en esto tu *Rea* lo que puede atraerte la paz! mas ahora está encubierto de tus ojos. El momento en que el escritor sagrado nos representa á Jesucristo afligido y llorando, es aquel en que era recibido en triunfo dentro de Jerusalén. Lo que excitaria el regocijo en cualquiera otro hombre, parece que causa su dolor. Un sentimiento profundo le afecta. Conociendo con seguridad el porvenir, dirige sus miradas hacia los acontecimientos que deben seguir á aquel día de gloria. Él veía que aquel mismo pueblo que entonces le victoreaba con transportes de júbilo, le rodearía más tarde con furor, pasando del entusiasmo del reconocimiento, á la embriaguez del odio, cambiando sus bendiciones en improperios, sus cánticos de alegría en gritos de rabia, y pidiendo en alta voz la muerte de aquel en favor del cual hacia, pocos momentos antes, los más ardientes votos. Su prescencia le lleva todavía más lejos: á consecuencia del crimen que va á cometer aquella desgraciada nación, él ve el castigo terrible que algunos años más tarde le será impuesto, y que no es más que el preludio de otros castigos mucho más espantosos. La comparación del instante aquel tan grato con los terribles días que habían de venir, es lo que conmueve las sensibles entrañas del Salvador.

Detengámonos, hermanos míos, en la consideración de esta profunda aflicción de Jesucristo, y veamos lo que nos enseñan sus ternas y amorosas lágrimas que derrama sobre Jerusalén. *Ave María.*

Al revestirse Jesucristo de la humanidad, tomó las diferentes afecciones á que ella está sujeta; pero todos los sentimientos que le agitaron, tuvieron siempre por objeto el ministerio á que se había consagrado voluntariamente, y en ninguno jamás tuvo parte el interés por él. Aquí le vemos entregarse á una profunda afección; pero ¿cuál es la causa? ¿Es acaso la previsión de los tormentos dolorosos que va á sufrir? No, no es por él por quien vierte sus lágrimas, sino por Jerusalén desgraciada y culpable. Lo que le afecta es el crimen atroz y el terrible castigo de aquella ciudad ingrata.

Sería formarse una falsa idea de la piedad, el creerla incompatible con los diferentes movimientos de alegría, de tristeza, de repugnancia, de temor, de deseo y de indignación que naturalmente experimentamos. La virtud no es la apatía. La religión no aniquila la naturaleza, sino que la perfecciona; no destruye los sentimientos naturales, sino que los modera y ajusta; no nos impide, en fin, regocijarnos ó afligirnos, sino que nos hace conocer cuáles son los verdaderos objetos que deben motivar nuestra alegría ó nuestra tristeza. Si considerásemos las cosas humanas con los ojos de la fe, nos afectaríamos de una manera muy distinta de lo que nos afectamos; no nos afligirán tan dolorosamente los males temporales, sino que, por el contrario, los males verdaderos, los que lo son por esencia, es decir, los pecados y sus consecuencias terribles, á que somos hoy casi indiferentes, serían el objeto de nuestro más profundo dolor. Es verdad que nosotros no podemos, como el Salvador divino, ocuparnos tan exclusivamente en las cosas del cielo, que lleguemos á ser del todo insensibles á las de la tierra; porque este, al fin, es un grado de perfección de que no es susceptible la frágil naturaleza humana. Pero lo que podemos y debemos, es estimar los bienes celestiales más que los terrenales, desearlos más, temer más su privación y sentir más el perderlos. Si nuestras afecciones han de estar necesariamente divididas, que éstos lleven la mayor parte, y démosles al menos la preferencia de nuestra voluntad, que es cuanto Dios exige de nosotros. Que nuestra voluntad, sobreponiéndose á los movimientos sensuales que levanta en nuestro corazón la naturaleza corrompida, prefiera decididamente sufrir todos los males antes que dejarse manchar por un pecado; así cumpliremos nuestro deber, y Dios quedará satisfecho.

El principal objeto de nuestra afección debe ser el pecado. Desde luego debemos tener un dolor profundo por los nuestros, y además una compasión sincera por los de nuestros hermanos. Al reprender á los pecadores, el justo los compadece más todavía. Obligado Sa-

mué á pronunciar la sentencia de reprobación contra Saúl, la llora toda su vida. Jesucristo conoce toda la enormidad del crimen que va á cometer Jerusalén, siente la justicia de tal castigo; pero no por esto se extingue su compasión, sino que, por el contrario, se hace más viva. La equidad exige el castigo de los culpables, pero la caridad prohíbe gozarse en él. Cuanto más graves son los pecados y mayor el castigo que merecen, más deben excitar nuestro dolor. Y volviendo la vista sobre nosotros mismos, ¿no debe hacernos temblar su suerte? ¿Estamos nosotros, hemos estado siempre exentos de culpa? Si nos lisonjamos de poseer la amistad de Dios, ¿no hemos estado alguna vez á punto de perderla? ¿No nos sentimos continuamente próximos á esta desgracia? Pensemos en la humana fragilidad, reflexionemos sobre la nuestra, no confundamos nunca el vicio con los viciosos, y conservando locante á aquel nuestra justa severidad, tengamos siempre respecto á estos la compasión más tierna.

El primer motivo del dolor que Jesucristo siente por Jerusalén es el que esta ciudad hubiese despreciado las gracias de que el Señor la había colmado. En aquel mismo momento ella desconocía el favor que le dispensaba viniendo á visitarla. Aquel día, y algunos pocos más, eran los últimos que la misericordia suprema le otorgaba para reconocer sus errores y sus crímenes. Algunos días más, y si en este intervalo no se arrepiente, llenará el colmo de sus iniquidades por una maldad nunca oída en la historia de los siglos. Es una verdad tan cierta como terrible que hay un número determinado de días concedidos al pecador, pasados los cuales, no hay ya lugar al arrepentimiento; también lo es que la medida de las gracias está fijada por decretos irrevocables, y que cuando ésta se llena, las gracias dejan de correr. ¡Oh vosotros, los que sufrís el vergonzoso yugo del pecado, la mayor de vuestras desgracias no es la terrible enemistad de Dios, que aquél os acarrea, sino el desprecio que habéis hecho de sus instancias para devolveros su amistad! Lo que hace á un enfermo incurable es el negarse á todo remedio. ¡Contraste asombroso! Aquí el ofendido es el que da los primeros pasos hacia la reconciliación, y el que ha causado la ofensa el que los rechaza. El Creador omnipotente, teniendo en su mano medios para vengarse, es el que obliga en cierta manera á su criatura á aceptar el perdón; mientras que ésta, vil y flaca, bajo la mano pronta á aniquilarla, rechaza insolentemente la indulgencia que le es ofrecida. ¡No parece, según la conducta de Dios para con nosotros, y la que nosotros usamos con él, sino que es el Señor el que debe pedirnos gracia, y nosotros los que hemos de concederla! ¡Desgraciados! lo que rehusamos hoy, qui-

zás se nos niegue algún día. Los frutos de penitencia no son de todas las estaciones. Como á Jerusalén, hoy se nos concede este plazo; aprovechémoslo por temor de que la ocasión no vuelva.

Porque vendrán días contra ti, en que tus enemigos te cercarán de trincheras y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán en tierra, y á tus hijos, que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación. He aquí una profecía bien positiva y bien clara; Jesucristo predice en términos formales á Jerusalén su destrucción. Cuando pronunciaba este oráculo, y cuando, algunos años después, lo escribía su evangelista, nada podía anunciar su cumplimiento. Los judíos, tranquilos bajo el yugo de los romanos, no hacían esfuerzo alguno para librarse de él, y disfrutaban, en medio de una paz profunda, de sus leyes, de su religión y de su templo. Ni en la política de los romanos estaba el turbar esta paz, ni en la de aquellos el rebelarse. ¿Quién podía prever en aquella época, á no estar iniciado en los secretos de la Providencia divina, que aquellos temibles conquistadores, después de haber sido los ministros de la justicia de Dios contra las monarquías predichas por Daniel, serían también los instrumentos de su venganza contra su propio pueblo? Esta predicción de Jesucristo tenía tal autoridad entre sus discípulos, que cuando estallaron las disensiones entre los judíos y romanos, San Simeón, obispo entonces de Jerusalén, salió de la ciudad, y se retiró con todos los cristianos fuera del teatro de los combates. ¿Qué pueden oponer los incrédulos á una prueba tan evidente de la misión de Jesucristo? ¿Negarán la profecía? Ella era conocida públicamente, y estaba consignada por escrito en una época en que el acontecimiento no tenía el menor asomo de verosimilitud. ¿Dirán que la ruina de Jerusalén no era el cumplimiento del vaticinio ni tenía con él relación alguna? Que cotejen los hechos constantes y referidos por todos los historiadores, con las palabras de nuestro Señor, y hallarán, como estaba anunciado, la venida de los enemigos, las trincheras que rodean la ciudad, el extremo á que la reducen estrechándola, su destrucción, que no dejó piedra sobre piedra, y la mortandad de todos sus defensores y habitantes. ¿Puede la casualidad hacer convenir de este modo el acontecimiento con la predicción? ¿No hay entre el uno y la otra una relación perfecta de hechos y de circunstancias? Toda la humana sagacidad no podía imaginar siquiera una revolución tan imposible de prever como lejana de todo cálculo.

Al derramar lágrimas sobre la catástrofe de su país, Jesucristo nos enseña á interesarnos en la prosperidad de la patria á que debe-

mos nuestro nacimiento. La religión, que extiende nuestra caridad á todos los hombres, no nos hace por esto cosmopolitas; antes, por el contrario, estrecha los vínculos con que estamos ligados al suelo en que nos ha colocado la Providencia. Las súplicas que se le dirigen por el esplendor de los imperios, por la paz de las naciones, por la conservación de sus soberanos, por la salubridad del aire, por la fertilidad de la tierra y por la regularidad de las estaciones, forman parte de las plegarias ordinarias de los fieles. Si la Providencia aflige con alguna calamidad á alguna región particular, la Iglesia convoca á sus hijos en el templo, para desarmar, reunidas todas sus plegarias, la cólera celeste. Muy injustos son los que acusan al Cristianismo de hacer al hombre indiferente al bienestar de la sociedad. Semejante reproche sienta muy mal en los labios de los que tienen por único principio la tendencia á subvertir y desorganizar todas las sociedades. Comparad el patriotismo del cristiano con el del incrédulo, y veréis que aquél reconoce por principio del orden social la voluntad de Dios, mientras que éste lo funda en un contrato, cuya realidad incierta y cuyas cláusulas equívocas son casi por todas partes objeto de disputas y turbulencias, y pretextos de revueltas ó de opresión. El uno está unido á su patria por el deber; el otro por su interés particular. El primero se ocupa por motivo de religión en el bien público; el segundo únicamente apoyado en su propio bienestar; esto prueba que, por una parte, se sirve á la patria con desinterés, y que, por la otra, se sirve sólo por ambición. Mientras que aquél trabaja para soportar las cargas que ella le impone, éste trata sólo de obtener las ventajas que ella proporciona. Colocad á estos dos hombres en las circunstancias difíciles, y sin embargo frecuentes, en que el interés público exige que se le sacrifique algo del interés particular, y veréis cuál de los dos lo hace con más gusto: si el que espera en la otra vida una gran recompensa á sus sacrificios, ó el que, cifrando todos sus deseos en la vida presente, pierde á un mismo tiempo sus intereses y sus esperanzas. Preguntad al avaro si contribuiría con sus riquezas á la salvación de la patria; al ambicioso si consentiría en perder por ella sus honores; al voluptuoso, si renunciaría á sus placeres; al orgulloso, si sufriría que su reputación fuese lastimada, y veréis lo que os contestan. Preguntad en seguida al hombre verdaderamente religioso si tiene dificultad en hacer á un tiempo todos estos sacrificios, y veréis si vacila un instante. No hay más patriotismo verdadero que el que inspira la religión, porque él es el único puro en su origen, seguro en sus efectos, constante en su duración é inquebrantable en todas las circunstancias.

Al manifestar su dolor por los males que van á afligir á Jerusalén, Jesucristo indica su causa, y es la de no haber conocido el tiempo de su visitación. Los males que afligen á las naciones son casi siempre castigos de la Justicia divina. La ley del pueblo judío nos presenta las promesas y amenazas de Dios, y su historia nos prueba su realización constante. Leed en los profetas las desgracias predichas á Damasco, á Tiro, á Nínive, á Babilonia y al Egipto, á causa de sus crímenes, y veréis que todas estas predicciones han ido siempre seguidas de su cumplimiento. Seguid, con las profecías en la mano, las venganzas del Señor contra los imperios que sucesivamente habian provocado su cólera; considerad al Eterno transportando, como él mismo dice, los reinos de una en otra nación, por sus iniquidades, castigando á la Asiria por medio de la Caldea, á ésta por la Persia, á la Persia por la Grecia, á la Grecia por Roma, y á esta última por medio de los bárbaros. Ved cómo todas las naciones más florecientes pierden su gloria y hasta sus costumbres. ¡Y somos tan ciegos, que imaginamos ver el origen de estas revoluciones, que tanto nos asombran, en causas puramente naturales! ¡Y no conocemos que estas causas, secundarias en sí mismas, son otros tantos medios de que la Providencia se vale para ejercer su terrible justicia! Cuando las iniquidades de los pueblos, amontonadas sobre su cabeza, llegan hasta el cielo, entonces cesa la paciencia de Dios, porque ha llegado á su término, y empieza su venganza. Dios no hace más que entregar á las naciones á sus propios crímenes, que son los que constituyen su primer castigo.

¡Ay! para probar esta gran verdad no es necesario recurrir á ejemplos remotos, pues los tenemos en nuestros dias bien auténticos y deplorables. Recordemos lo que hemos sido, y veamos lo que hoy somos. Consideremos de cuántos crímenes somos culpables, ó por mejor decir, de cuán pocos estamos exentos. Á todos los desórdenes que habian afligido á los siglos precedentes, el nuestro, más desgraciado aún, ha añadido otro más funesto todavía. El libertinaje de espíritu ha venido á aumentar, á fortalecer y á hacerse inseparable del libertinaje de corazón. Los errores que habian afectado á las generaciones pasadas, dejaban siquiera en los espíritus ideas de religión y principios de moral, y aun atacando los dogmas del Evangelio, dejaban á salvo sus reglas; pero la incredulidad, ese monstruo de nuestros dias, ha venido á quitar á los hombres todo principio, todo yugo, toda virtud y hasta á suprimir á Dios. ¿Cuál es la pasión de que se han ruborizado los hombres, ni qué autoridad ha merecido su respeto? Cuando consideramos, por una parte, los desórdenes en que la falta

de toda creencia religiosa habia sumido á nuestra nación, y por otra, el triste estado á que hoy se halla reducida, ¿podemos dejar de conocer la causa y su efecto; es decir, el crimen y su castigo?

Conservad cuidadosamente vuestro amor á la religión y vuestro respeto á sus antiguas y santas máximas. Contemplad y ved en lo que para el pueblo que las abandona. Las virtudes mantendrán la feliz sencillez de vuestras costumbres, conservarán vuestra preciosa unión, sostendrán vuestra sumisión á la autoridad que os gobierna, y siendo éstos constantemente los principios de vuestra conducta, serán al mismo tiempo la prenda de vuestra felicidad. *Amén.*

LA CASA DE ORACIÓN CONVERTIDA

EN CAVERNA DE LADRONES

Domus mea domus orationis vocabitur; vos autem fecistis eam speluncam latronum.

MI casa, casa de oración será llamada: mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

(S. MATH. c. XXI, v. 13.)

¡Qué extraño y singular espectáculo, hermanos míos, nos presenta el Evangelio en este pasaje! El Dios salvador, cuyo corazón no late sino con las emociones de la bondad y del amor, cuya mirada es tan tierna, tan dulce su palabra, tan simpática su fisonomía y tan afectuosa su mano; El, cuyo continente no anuncia más que mansedumbre y compasión, que responde con beneficios á las ofensas, á las calumnias con silencio, á los insultos con una paciencia inalterable, á las blasfemias con el perdón, se muestra repentinamente ardiendo en indignación, con la frente amenazadora, los ojos centelleantes y el gesto severo; después se arma de un azote, pega, hiere